

Psicosomáticas: Gricel, o lo incorporal que resta... M. Borgatello de Musolino

“...quizá no estaría mal que el analista dé cierto testimonio... .
...Si hace algo,..., que testimonie de alguna manera de lo que
hace”.
J. Lacan, Conferencia en Ginebra

Intentaremos un breve recorrido por ...lo incorporal que resta en las psicosomáticas. En estas constelaciones pulsionales, el punto de vibración, converge en la relación de cada sujeto con el orden simbólico y con el modo en que un goce específico queda capturado en lo incorporal. Pero, ¿qué es lo incorporal?.

Desde nuestra investigación y práctica, lo incorporal es tanto la imagen corporal anticipada y reflejada en el A, como aquella libra de carne que no se refleja por estar erotizada y no sólo profundamente investida.

La violencia del lenguaje sobre el cuerpo se manifiesta, luego, en un fantasma de fustigamiento. El que facilita el acceso a lo Simbólico, pues significa *el amor-afecto, que permite al goce condescender al deseo*.

Mas en el corte o frontera en que el sujeto busca instaurarse como efecto de significante, estalla el enigma, el drama de las psicosomáticas.

“El enigma está escrito en el cuerpo”

En esta afirmación, hay una posible dirección de la cura: hacer que hable, juegue y fantasme el goce de los órganos que entran en esta relación narcísica con el deseo. Eso es lo que erotizan las investiduras autoeróticas –intraorgánicas. En Gricel, se trata de la piel, los bronquios y las fosas nasales.

Tomaremos como un *jeroglífico* a su señal o marca, porque la *signatura* escrita en el cuerpo, no se descifra ni interpreta. Es que, tal como escribía Freud, *no hay traducción del material psíquico de éstas zonas erógenas resignadas*.

Estamos hablando de una inscriptura y no de un significante. Es la inscripción de una escritura que no entra en lo simbólico. Que sólo resta en el goce con que encarna su destino pulsional en el cuerpo. El fin de este goce, es dar a ver/ mirar y ser mirado, para ser siendo oído y así poder hacerse escuchar de algún modo. Ante lo Real, su ex –sistencia se encadena al afecto. Así, observamos cómo con angustia, cólera, ira e indignación, Gricel trabaja el amor desenlazado del fantasma que podría haberle dado significación. Analicemos el cómo.

M. Borgatello de Musolino

Desde el año padece ‘dermatitis atópica. “Ahora, -a sus 7 años- está más brotada y lastimada. Antes, se rascaba sólo de noche... . Entonces la dermatóloga la mandó acá”.

Gricel, desaseada y malvestida, entra distraída y se sienta con resignación. Muestra en sus brazos y rostro el enigma escrito en el cuerpo. Me mira con ojitos descamados y rojos. Abre la boca agrietada, y llorando dice: *“estoy muy angustiada porque nadie me entiende”*. Se calma cuando oye que la espero.

Suspira. *“...mis problemas. Me reparto entre papá, mamá y los templos. La iglesia me gusta, el templo más.”* Se frota y rasca farfullando.

¿Y eso? –pregunto. *“El picor...”*. Enseña sus ojos, nariz y brazos .

Busca cajitas para hacer una casa. No lo consigue y se angustia. Sin saber por qué, digo: *Otra vez será.*

Esta intervención nos recuerda eso de lo que Freud se percató: el valor de las explicaciones de un sujeto aparece en las cositas que suenan *läute Dinge*. Eso permite la intervención del analista sobre el sentido y sobre el goce sentido que creyó oír.

Incluso cuando no sepamos ni qué quiere decir, ni por qué su actualización en transferencia nos ha hecho intervenir. En las psicósomáticas, *el trazo unario alrededor del cual pivotea toda la cuestión de lo escrito, reside en un goce específico*. Otro indicio importante para la dirección de la cura, como pudimos comprobar.

La fijación insabida, el goce específico congelado

Durante el primer año de análisis, juega y habla poco. Mientras algunos nudos del amor son articulados en sesión y con cada uno de sus padres, el síntoma desaparece sin que lo advierta. Entonces, un mensaje suspende el análisis.

Retornan después de 7 meses. Se quejan de sus berrinches, ataques de ira y agresión para vestirse, salir o hacer las tareas. *“Acá se la traigo”*. Sube sola en el ascensor. Me abraza y entra en silencio. Tiene los ojos muy hinchados. Cuando nota que la miro, dice: *“No me los refregué”*.

Espero que hable. *“A veces no quiero ir, porque mamá me habla en su idioma. No me dan ganas de hablar así.* Silencio.

...mi papá se casa. Van a tener una casa grande porque vende cada uno la suya. Ella tiene perro, gato y un pájaro que se le escapó. ...Acá no sé qué me pasa –muestra el los brazos, el cuello y el interior de la nariz muy lastimados.

Con mamá no estamos vendiendo casi nada –un micro emprendimiento.

M. Borgatello de Musolino

Empieza a hablar... Se detiene y dice: *“Ya me olvidé!. Siempre me pasa lo mismo. Cuando quiero contar algo, empiezo y no me acuerdo... No me gusta dormir sola en la piecita de la terraza”*. Se queda mirando el vacío.

Algo pasa en transferencia porque sé que ha dicho algo después que intervine, pero no puedo recordar. Ni lo que dije, ni lo que respondió.

Me doy cuenta, porque pregunta confundida: “¿Qué me dijiste?. Ves?. Ya me olvidé”. Le digo, que tal vez haya que olvidarse de lo que no puede saberse. Su gesto angustiado, hace que me arrepienta de haberlo dicho. Es evidente que lo insabido, sabe.

Tras un silencio prolongado, busca plastilina y hace un avión. Lo mira con tristeza: “Mamá se va y me quiere llevar. Voy a extrañar a todos. ...Mi vida está acá”. Cuando llora le arde y no sabe qué hacer. Su analista tampoco. Sólo me abraza y le respondo.

Pero volvamos al olvido y la desubicación del analista de su posición de semblante. Si Freud emplea el término de *Fixierung* (fijación), es porque para ser parte de lo simbólico que debió aprenderse para hablar, el cuerpo debió dejarse escribir. Recuerden que nos topamos con el olvido, al seguir el trazo del enigma. Luego, apareció el afecto entre ese agujero y el goce que la paraliza. Sin saber a representar, ninguna envoltura del objeto a -ni siquiera la fantasmática- le permite gozar más que la dermatitis o el olvido.

Durante varios meses trabajamos con los padres los cambios que se avecinan. Una vez que pudieron renunciar a que fuera ella quien decidiera con ‘quien vivir’, están preocupados y ocupándose activamente de hablar con la niña lo que van decidiendo.

En sesión comienza a hablar de ‘sus cosas’ y cómo podría vivir sin su mamá. Después de su partida, juega y habla de cuánto la extraña. Llora, pero quiere programar: *mi nueva vida*.

Hasta se permite mostrarse muy contenta: “Ya hace mucho que no me dicen Nemo, ni tengo tanto picor. Todavía me olvido, de lo que quiero decir”.

En Ginebra, Lacan explica que “Cuando el **goce vuelve a tomar un sentido, el síntoma ya no es psicósomático**”. ¿Por qué?. Porque ahora el juego de palabras hace que ese goce congelado, dance con los goces del fantasma que goza y la gozan en lo que nombra ‘mi nueva vida’. Empero, ante la desaparición del síntoma, sus padres interrumpen el análisis.

Lo incorporal que resta:

Lo incorporal que resta, es ese cuerpo-objeto ahora disputado por la pareja parental. La extimidad del objeto respecto al cuerpo se presta a esta enajenación –decíamos en nuestro Libro II sobre el *Afecto*... . Por eso, vuelve 9 meses después.

Vuelve colérica: “Viste?. Volvió Nemo!”. Realmente, está toda escamada. Se calma ante la falta de respuesta. (Observemos que la espera y el silencio, la calman.)

M. Borgatello de Musolino

Explica cómo se pone las cremas: “Conozco las cremas para el picor por los colores. Son como banderas!”. Mira y toca los juguetes pero no juega. “Ahora se me complica, porque no sé qué hacer. ...me gustan los perros pero no puedo estar cerca por la alergia”. Llora.

Busca las cajitas. Se mira y me mira. En tono cómplice pero triste, dice: “*quiero hacer una casa*”. ¿*Me ayudás?*”.

Observamos una diferencia asombrosa en el tono del vocablo escrito “*picor*” en el primer tiempo del análisis, el goce del vocablo hablado en el segundo tiempo y aquél que muestra su experticia sobre las cremas. Ahí hay algo a trabajar en transferencia, que es del orden de la inmanencia en la identi-fijación.

La fijación a una identificación al *fallo de la imagen especular*, evidencia por qué lo incorporal no termina de signar el cuerpo de lo Simbólico. Después de su incorporación: o la pulsión desborda los límites corp-orales, o bien encuentra las *zonas erógenas resignadas* por el goce específico.

En esta relación de lo Imaginario y lo Simbólico en lo Real, su analista no espera dar el sentido de lo incorporal que resta. Simplemente, porque lo Real forcluye el sentido de la relación narcísica que Gricel sitúa en él. Lo que nos interroga, es ¿por qué la letra quedó encriptada al momento de su escritura, encerrada en un cuerpo que deviene *Nemo*, ese pez no-niño que ya no duerme apartado de los demás?

Durante el análisis aparecen algunas de sus experiencias, con las que fue conquistando su imagen de cuerpo en relación al A. Quien la reconoce y la autentifica con su mirada, su voz, sus peleas caricias y maltratos, ha portado -junto con los ecos de su historia- el Nombre del Padre que así versiona.

Así se produjo el fallo en la imagen especular. Aquél que le impidió distinguir entre la fuente y el objeto pulsional que podría haber hecho surgir *lo nuevo*: un sujeto que lo pondría en palabras. Entonces la letra harariana –elongada en las lenguas y sin Nombre del Padre que anude- restó inédita, fijada al goce de esta falla.

Afortunadamente, mientras la ayudo este Real insiste. El goce vuelve a tomar sentido cuando Gricel escucha/entiende lo que olvidó.

Buscando material para *su casa*, encuentra un dibujo de esa época. Repite en letanía “...*sola y abandonada*”. Esa es la verdad olvidada, el resto que actualizó el goce específico de su fijación. El olvido de su analista, colaboró con el trazo que condujo la identi-fijación al cuerpo no-niño pez.

Podríamos hipotetizar que, por amor de transferencia, alcanzó a editar la letra en algunas significancias y el afecto encontró alguna traducción subjetiva del objeto a en un fantasma. Pero el goce, siguió anidado en el cuerpo que es *pathema* del fantasma.

Lo advertimos, porque tras otra interrupción -esta vez de dos años- engendra la anorexia mental que actualmente la trae a análisis. ¿Por qué el análisis falló en el trabajo de la identi-fijación?

María Borgatello de Musolino

Sería muy fácil, atribuirlo a las interrupciones que incluye en lo unario. Pero hay algo más cuando el goce analizado, descongela *las zonas erógenas resignadas*.

Tal vez el goce de lo incorporal que resta, la inscriptura intraducible de lo insabido, necesita de otro saber-hacer con el objeto para que allí se escriba. Esta letra silenciosa, la espera.

Reunión Lacanoamericana en Buenos Aires -30/10 al 2/11/2013-
mrasmusolino@gmail.com